se mostró muy severa, no permitiendo ninguna familiaridad que perjudicara los derechos del marqués, y añadió que la menor indicacion de ir al kiosko la obligaria á alejarse, sin que le quedase la esperanza de que volviese.

Este proceder de una mujer que se comprometia tan locamente parece inverosímil, y sin embargo, se explica.

Lazarine no veia en aquellas peligrosas distracciones mas que un entretenimiento, una distraccion arriesgada.

Queria leer la novela hasta el fin, sin perdonar ni una página.

Si le era imposible llegar hasta el fin, aplazaria el desenlace lo mas tarde posible.... retrazándolo á una época indetermida y vaga.

Su naturaleza, fria aún como de mujer muy jóven, la ponia completamente al abrigo de una sorpresa de los sentidos; por eso Héctor, á menos que el dios azar no se declarase de pronto su protector, se hallaba á gran distancia del objeto que se habia propuesto.....

Esta firme creencia le tenia muy contento, y durante tres noches consecutivas se decia con conviccion al dejar á Lazarine, que no le concedia tan siquiera un beso:

—Mañana será.....

Un incidente imprevisto vino á modificar

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

completamente la situacion demasiado crítica de ambos jóvenes.

XXV

Ocho dias despues de la llegada de Laurent Videl y de Héctor al castillo, el marqués y Lazarine habian salido á dar un paseo á caballo.

Al entrar á las diez; se encontraron á Julio Leroux que fumaba un cigarro en el terrado.

El ex-banquero, que se aburria mucho en Hojas-Verdes, venia á almorzar con su yerno y con su hija.

La marquesa abrazó á su padre sin grande efusion, preguntó por sus hermanas, dejando juntos á los dos hombres, subió á su cuarto para sustituir su traje de amazona por un peinador.

Como era natural, el señor de la Tour du Roy habló de las obras que habia encargado á los artistas parisienses y pronunció el nombre de Laurent Videl.

Julio Leroux manifestó deseos de ver las obras.

El marqués le condujo á la galería en donde maestro y discípulo, colocados en sus respectivas escaleras, pintaban con ardor.

—Querido amigo Videl—dijo, os presento á mi suegro, el Señor Julio Leroux.... el señor Videl, cuyo talento conoceis y admirais.

Mientras el acto de presentacion y el cambio de saludos y apretones de manos, Héctor adoptaba en la escalera una rara postura.

—¡Diantre!—pensaba.—¡Esto vá mal! Si ese filisteo me reconoce.... paf.... ¿y como no va á reconocerme? ¡Malhaya mi suerte!

Y fingiendo estar absorto en su tarea volvia la espalda al recien llegado, usando su paleta á guisa de abanico para ocultar el rostro.

Esta turbacion visible llamó la atencion del señor de la Tour du Roy, que se disponia á presentar al jóven á su suegro. Temió un nuevo acceso de timidez y quiso evitar el mal rato al pintor.

Pero el ex-banquero, despues de haber examinado las pinturas de Laurent Videl, se acercó al lienzo que manchaba Héctor precipitadamente.

—Caballero, vuestro trabajo me parece excelente, y seguís las huellas del *gran artista*, con el cual pintais dignamente.

Julio Leroux no obtuvo contestacion á su frase de elogio.

Sorprendido ante aquella grosería, miró con atencion á Héctor, que se ocultaba en vano detras de su paleta, y exclamó:

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

—¡Ah! caballero Begourde; ¡no me engañaba, sois vos!

—A vuestra disposicion, caballero Leroux—balbuceó el artista, convencido de que le era imposible conservar el incógnito.

—¿Os conocíais?—preguntó el marqués asombrado.

—Sí, sí, nos conocemos, y mucho—contestó el padre de Lazarine con ironía—El caballero Begourde trabajó durante seis semanas en mi hotel del boulevard Haussmann hace diez y ocho meses.... cuando yo tenia un hotel.

Héctor, por decir algo y para ocultar su turbacion, murmuró:

—En aquella época era yo discípulo de Sawosky.

—Y desde entonces habeis hecho grandes progresos, señor Begourde—continuó Julio Leroux en tono sarcástico.—¡Sea enhorabuena!

—Sois muy bondadoso, señor Leroux, muy bondadoso—balbuceó Héctor.

—No soy de vuestra opinion. Soy justo, estrictamente justo, y os consta porque habeis tenido pruebas.

Héctor bajó la cabeza, su confusion fué tal que dejó caer sus pinceles, y se vió precisado á bajar la escalera para recogerlos.

El marqués escuchaba este singular diálogo con el corazon oprimido por una vaga angus-

tia; viviendo lealmente á la faz del mundo, se encontraba por primera vez en medio de una inquieta oscuridad.

Por primera vez en su vida experimentaba un sentimiento doloroso, que se parecia mucho á la desconfianza, á la sospecha.

El jóven artista habia vivido durante seis semanas en el hotel de Julio Leroux.

¿Por qué fingian Lazarine y el pintor no conocerse?

¿Por qué Lazarine, al ser preguntada *"Héctor Begourde es bello, ¿verdad?"* habia contestado: *"Es posible, no me he fijado. Le he visto, pero no le he mirado y apenas si le conoceria?"*

¿Como Héctor, por su parte, no habia hablado de los trabajos ejecutados por él en casa del padre de la marquesa.

¿Qué significaba esto? ¿A qué causa atribuir este silencio? ¿Qué motivo suponer para esta doble falsedad?

Roberto se preguntaba todo esto, y no sabia qué contestar.

Cogió del brazo á Julio Leroux, le condujo fuera de la galería, llegó con él hasta el parque, y le dijo con voz agitada, que denunciaba su turbacion interior.

—¿Me permitís que os dirija una pregunta?

—¿Por qué no?

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

—¿Y me prometeis contestar sin embajes ni reticencias?

—Lo prometo.

—O no he comprendido el tono con que hablábais hace poco á Héctor Begourde, ó el paso de ese hombre por vuestra casa os ha dejado recuerdos desagradables.

—Querido marqués, no os engañais.

—¿Os ha dado motivo de queja?

—No puedo gloriarme de nuestras relaciones.

—Tengo el mayor interés por conocer la naturaleza de vuestro enojo hácia un jóven que está de huésped en mi casa y que se sienta en mi mesa. ¿Teneis que recriminarle de alguna falta de delicadeza?

—Nó, nó—replicó el exbanquero.—No dudo de su probidad.

—¿Qué ha hecho, pues?

—Ha hecho...—empezó Julio Leroux, pero no terminó.

Comprendió, aunque tarde, que iba á denunciar á Lazarine á su marido, y sentia amargamente haberse metido en un atolladero del cual no sabia como salir.

—Lo que ha hecho—dijo hablando paulatinamente para darse tiempo de hallar frases con que explicarse,—es poco fácil de decir.....

—¿Por qué?